



en estas páginas, restaba lograr para su hermano Felipe algún otro Estado en la península italiana, y las posesiones de Austria en Italia parecían á los reyes de España lo más á propósito para el caso, recomponiendo con ellas el reino de Lombardia.

Así las cosas, la guerra era inminente é inevitable: el Austria, hostigada tan de cerca y tan directamente acometida, fué la que dió un paso decisivo, protestando contra la elección del de Baviera, su inveterado enemigo, para emperador. Dicha elección se había debido á la influencia francesa. Entonces se lanzaron de hecho los pretendientes sobre los Estados de María Teresa: el rey de Prusia, que lo era á la sazón el célebre Federico II, metió de pronto sus tropas en la Silesia, y se apoderó de toda ella con más facilidad que justicia, derrotando despues dos veces al ejército austriaco. Francia, España y Cerdeña se unieron asimismo contra el Austria, de la que se declararon protectores los Estados de Inglaterra, Holanda y Hannover. El ejército francés, unido con el del emperador, avanzó con buen éxito: María Teresa, débil contra tantos enemigos, pero abrigando siempre la confianza en su buen derecho y en los efectos de su simpática fortaleza, se retiró á Hungría, y presentándose á los nobles de aquella tierra en traje de guerra y demandándoles protección, los interesó en su favor, los fascinó con su marcial hermosura, y les arrancó el juramento de sostener á todo trance á su reina, juramento que supieron cumplir con entusiasta lealtad, debiendo á ellos más que á nadie María Teresa la conservación de su trono. Pero no es nuestro ánimo entrar á referir los acontecimientos de aquella guerra tan general y porfiada, de la que puede decirse que reportó la Prusia, gracias al genio de Federico II, toda la importancia que hoy tiene: limitémonos á decir la parte que tuvo nuestra nación en aquella baraja de hechos, ya circunscritos á la esfera de los gabinetes, ya verificados á viva fuerza en los campos de batalla.

Aprovechándose del desorden que reinaba en Europa y del aprieto en que se veía el Austria contra tantos enemigos, envió Felipe V una escuadra á Italia que, protegida contra los ingle-

ses por la cooperación de otra escuadra francesa, condujo á la costa de Génova un ejército de quince mil hombres acaudillado por el duque de Montemar, cuyo nombre era temible á los austriacos desde la jornada de Bitonto. Era el objeto aparente de esta expedición conquistar los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla para el infante D. Felipe; el verdadero, la adquisición del Milanésado en pró del mismo infante. Así se granjeaban enemistades y se gastaban las fuerzas de nuestra nación no más que por favorecer intereses privados de la familia real. Acudió el rey de las Dos Sicilias á apoyar las pretensiones de su hermano, enviando un buen golpe de tropas de su reino que se reunieron á las huestes de Montemar, formando todos un total de cuarenta mil hombres. Tiempo era de que se verificara esta reunión. Montemar, despues de haber empezado con fortuna sus progresos en aquel territorio, se había visto detenido por circunstancias que no entraban en su cálculo. En primer lugar, el rey de Cerdeña, con quien Felipe V había celebrado prévia alianza, se separó de ella en cuanto descubrió que la mira principal de los españoles era apoderarse del Milanésado, sobre el cual tenía él mismo sus pretensiones; y sin renunciar á ellas, celebró un convenio provisional con el Austria, y se nos declaró hostil. Además, ya por este tiempo, María Teresa, más desahogada por otra parte, había envia enviado á Italia refuerzos austriacos bajo la dirección de Trann. Añádase á esto que una escuadra inglesa se había presentado delante de Nápoles, y había obligado á su rey á hacer promesa solemne de mantenerse neutral. Este cúmulo de circunstancias hizo que perdiese Montemar la superioridad que tenía al principio, y que despues de haber perdido el territorio de Módena, que ya contaba por suyo, tuviese que retirarse con gran pérdida á las fronteras de Nápoles. Colmó su malestar la retirada de las tropas napolitanas, y la corte de Madrid, injusta en esta ocasión con el vencedor de Bitonto, atribuyó á impericia de éste lo que sólo había sido combinación desgraciada de los sucesos; y habiéndole relevado de su cargo, envió á Italia para sucederle en él al conde de Gages, no desme-



recedor del buen concepto en que se le tenía. Contribuyó también á la desgracia de Montemar el desafecto con que lo miraba el ministro de la guerra, que á la sazón lo era D. José de Campillo.

El conde de Gages maniobró no con mejor fortuna que el duque de Montemar, porque seguía militando las mismas circunstancias que habían decidido los últimos movimientos de éste. Sin embargo, para corresponder á su reputación de actividad, antes de retirarse á cuarteles de invierno, ejecutó un movimiento insignificante sobre Módena. Al año siguiente (1743), obedeciendo á una orden terminante é irreflexiva de la reina, que con el deseo que la abrasaba de que su hijo D. Felipe tomara posesión de la Lombardia, le prescribió que, si dentro de tres días no había entrado en batalla con el enemigo, resignase en mejores manos el mando del ejército, trabó acción el general español con las tropas que acaudillaba el austriaco Trann, en Campo Santo, durante la tarde y parte de la noche del 3 de Febrero. Larga y reñida fué la pelea: Gages hubiera querido sorprender al ejército contrario, y para ello había tomado sus medidas con singular acierto y sigilo; pero frustradas por la vigilancia de Trann, tuvo que retirarse con mucha pérdida y no poca gloria despues de la pelea, atribuyéndose ambas partes la victoria, y quedando en realidad el honor para nosotros y las ventajas para el adversario. Verdad es que Gages en prueba del buen éxito de la jornada, remitió á su corte banderas que había ganado al ejército austrosardo, pero también quedó muy reducido el número de sus soldados; y él, desde entonces, se vió forzado á permanecer en inacción.

Entretanto la Francia se unía cada vez más íntimamente con España, ayudando á ello una negociación que confirmó las disposiciones del rey de Cerdeña; procuraba el gobierno francés atraerlo á sí por cualquier estilo, ó cuando no, reducirlo á viva fuerza á permanecer inofensivo, para lo cual se hacían grandes alistamientos de gente en la Provenza, el Delfinado y la isla de Córcega, y se organizaba un considerable ejército, cuyo mando había tomado el infante D. Felipe. Pero el monarca sardo, atento

sólo á su interés, y sin doblegarse á promesas ni amenazas, despues de andar en tratos secretos con todos y ver el partido que más le convenía, se adhirió al Austria, que era la que con más largueza pagaba su amistad, y se obligó á sostener la guerra en Italia, al frente de cuarenta mil piemonteses y treinta mil sardos (estos últimos mantenidos á sus expensas). Inglaterra le daba para ello un subsidio, y además una gruesa suma para rescatar el marquesado de Final que tenían en hipoteca los genoveses, y sobre el cual había cedido sus derechos María Teresa. En vista, pues, del fomento que iban tomando sus enemigos, pensaron los Borbones que convenía á su interés común unir estrechamente sus fuerzas, por lo que, según tratado concluido en Fontainebleau, se declararon las dos naciones de Francia y España en alianza perpétua, ofensiva y defensiva, ofreciendo Luis XV declarar la guerra al rey de Cerdeña y á la Inglaterra, sin hacer paz con esta última hasta no haberse efectuado la restitución de Gibraltar, asegurar á D. Carlos la posesión del reino de las Dos Sicilias, y ayudar al rey de España para la recuperación de Menorca y la adquisición de los Estados de Milan, Parma y Plasencia.

La fuerza de estos convenios, y el haber pasado á Italia el infante D. Felipe con un ejército de cincuenta mil hombres, no bastó á dar calor á las operaciones de la campaña de 1743, ni á impedir que los españoles tuviesen que salir de Rimini.

No fué tampoco más feliz el año siguiente: reunidas las fuerzas navales de españoles y franceses, fueron destinadas parte á destrozarse la escuadra del almirante inglés Matesw que se había enseñoreado del Mediterráneo, é imposibilitaba el transporte de nuestras tropas á Italia, y parte á efectuar un desembarco en las costas de Inglaterra con el pretendiente Stewart á la cabeza, para encender en aquellas islas la hoguera de la guerra civil. Pero este plan fracasó: la escuadra expedicionaria fué ahuyentada por las fuerzas superiores del almirante Nonis, y en cuanto á los buques de transporte, casi todos fueron maltratados ó echados á tierra por el viento. La otra escuadra destinada á purgar



el Mediterráneo de las naves inglesas, sostuvo contra las de Mr. Matews un choque en las aguas de Hyeres, el día 14 de Abril, choque del que no resultaron más que pérdidas para una y otra armada, quedando en balanzas la victoria, si bien los españoles la celebraron como suya con tanto ardor, que dieron el título de marqués de la Victoria al general de marina de su nación que había asistido á la lucha, don José Navarro, y que fué el único de los jefes que se hallaron en ella que salió bien parado. El general francés, Mr. Court, desavenido con su colega y desacreditado ante su gobierno, cayó por algun tiempo en desgracia, lo que ciertamente no merecía. El almirante Matews, que si no salió ganancioso del combate, fué por la flojedad con que le acudió su segundo Lestock, fué llamado, así como éste, por su gobierno para dar cuenta de su conducta despues de haberse entretenido mucho tiempo en reparar las averías de sus buques.

Por la parte de Italia habia penetrado un ejército hispano-francés, de sesenta mil hombres, comandado por el infante D. Felipe y el príncipe de Conti, el cual, despues de haber logrado algunas ventajas y padecido no pocas privaciones, perdió mucho tiempo y mucha gente delante de Coni, sin poder decidir la rendición de la plaza, merced á que el rey de Cerdeña logró introducir en ella un refuerzo de seis mil hombres. Retiróse al fin el ejército borbónico, precipitando su retirada hasta el punto de hacerla parecer fuga, por el temor de la hueste sarda que no cesaba de amagar ataques, por la mala estacion que se venia encima amenazando cerrar la vía de los Alpes, y por lo muy fatigada y enfermiza que andaba nuestra gente. En el mediodía de Italia, el rey de Nápoles se unió á nuestras armas, quebrantando la promesa de neutralidad que le habia arrancado la coaccion inglesa, y llevando al conde de Gages un refuerzo de diez y siete mil hombres. El general austriaco Lobcowitz, sucesor de Trann, estuvo á punto de apoderarse de la persona de D. Carlos y de deshacer por sorpresa al ejército hispano-napolitano en Velletri; pero éste, repuesto en breve del impensado ataque, rechazó con mucho denuedo á los agresores. Conti-

nuaron por ambas partes algunas tentativas hasta que Lobcowitz, alarmado al ver la mucha gente que perdía, tanto por el hierro enemigo, cuanto por las mortíferas exhalaciones de aquel terreno pantanoso, emprendió aceleradamente su retirada, sin que valiera á cortársela Gages, por más que para el efecto tomó por asalto á Nocera.

El año siguiente (1745) fué más fecundo en sucesos militares. El rey de Prusia, celoso de la preponderancia austriaca, y temeroso de que así que esta nación hubiera acabado de reducir á la inaccion á sus actuales enemigos volviera contra él sus armas para castigar los pasados desmanes y la ocupacion de la Silesia, declaró de nuevo la guerra á Maria Teresa, divirtiendo así por aquel lado las fuerzas imperiales.

Los genoveses, malcontentos con que se les quitara el marquesado de Final en pro del rey de Cerdeña, se unieron á los Borbones, ofreciendo poner á disposicion de éstos un cuerpo de diez mil hombres. Organizóse por aquéllos un brillante plan de campaña fundado en la reunion de los dos ejércitos, el del infante y el de Gages, plan cuyo buen éxito aseguraban tantos elementos de victoria. En cumplimiento de órdenes expedidas en este sentido, Gages, que iba ya á invadir el Milanésado, se dirigió á Alejandría, punto de reunion de todas las fuerzas, sufriendo mucho en el tránsito, más por los rigores de la naturaleza que por los estorbos que oponian á su marcha los enemigos. Despues de haber conseguido cada cual una porcion de ventajas, maniobrando ya de acuerdo los dos ejércitos, que, con los genoveses auxiliares, reunian un total de sesenta y dos mil hombres, se apoderaron de Parma, Plasencia, Pavia y muchas plazas, pusieron en fuga al ejército sardo sin que valiera la tardía llegada del austriaco, ocuparon en seguida á Alejandría y Asti, poniendo sitio á sus respectivas fortalezas, y por último, quedando la mayor parte de su gente acantonada en buenas posiciones, entró D. Felipe en Milan, donde fué recibido como triunfador. A la terminacion de la campaña no poseian los imperiales en el Milanésado más plaza que la de Mántua, el castillo de Milan y



las ciudades de Asti y de Alejandría bloqueadas y próximas á rendirse.

Al año siguiente cobró el Austria nuevos bríos en Italia, porque la paz ajustada con el rey de Prusia en Diciembre de 1745 la puso en estado de oponer más refuerzos al ejército de los Borbones. Estos dominaban en una gran extension de terreno, y se preparaban á nuevos logros, cuando la noticia de la paz mencionada abatió de tal manera los bríos del gabinete de Versalles, que entró en tratos con el rey de Cerdeña. El astuto sardo aparentó acceder á ellos, no más que para despertar los celos y la liberalidad del Austria, y para dar tiempo á que de allá le llegasen refuerzos; pero España llevó muy á mal estas negociaciones, que consideraba como defeccion, y estuvo muy desavenida con Francia, hasta que ésta, convencida de que

no habia hecho más que perder tiempo y victorias con el rey de Cerdeña, volvió á solicitar la amistad de su aliada. Entretanto la suerte de armas se nos habia tornado adversa. Los sardos pusieron en grande aprieto á Maillebois, director del ejército francés, y los españoles, no ménos estrechados por una gran masa de gente austriaca, perdieron á Parma, cuyo gobernador Castelar y casi toda la guarnicion se salvaron á costa de mucho arrojo y fatiga, rompiendo por las filas de los sitiadores, y por fin, puso el colmo á nuestras desgracias la funesta batalla de Plasencia trabada á orillas del río Trevia el día 16 de Junio de 1746; batalla porfiada y sangrienta que nos ganaron al fin los austro-sardos, y en la que perdimos siete mil hombres entre muertos y prisioneros, y una gran porcion de cañones y banderas.